

CELCIT. Dramática Latinoamericana 226

LA LENGUA Y SUS HABLANTES

Edgar Chías

"Je m'suis fait tout p'tit devant une poupée
Qui ferm'les yeux quand on la couche.
Je m'suis fait tout p'tit devant une poupée
Qui fait maman quand on la touche. "
George Brassens

- Nadie lo vio. Nadie lo ha visto. En el hotel no se acuerdan.
- ¿Y los diarios qué dicen?
- Nada importante. Lo mismo de ayer. Lo que ya sabíamos. Que se tiró al río. La chica se tiró sola. Dicen.
- ¿Lo detuvieron?
- No. Tampoco hay una foto suya.
- ¿Cuál fue la causa?
- Tal vez no tenían una, o tal vez pagó para que no lo hicieran.
- Yo pregunté otra cosa.
- ¿Puedo encender la luz?
- Quise saber por qué no lo detuvieron.
- Estaba enfermo. ¿Puedo encender la luz?
- ¿Eso crees?
- No. Eso dijeron.

- ¿Cómo pudieron saberlo?
- Había esputos, cajas vacías. ¿Puedo hacerlo?
- Preferiría que no. Puedes dejar las cosas sobre la mesa... Me inquieta un poco tu actitud. Parece que tuvieras miedo. ¿Es eso? ¿Tienes miedo?
- No. Miedo no. Otra cosa.
- ¿Qué cosa?
- Una que no puedo nombrar porque no conozco las palabras.
- Eres joven. Eso pasa cuando se es joven.
- Me gustaría ver. No es otra cosa, sino sólo que me gustaría. Creo que me ayudaría un poco.
- Ayer dijiste lo mismo.
- Ayer me hubiera gustado ver, también hoy me gustaría.
- ¿Quieres irte?
- No dije eso.
- ¿Quieres quedarte, entonces?
- Tampoco eso. No he dicho eso tampoco.
- Respira más lentamente. Me angustia un poco sentirte así. Acércame la copa.
- No debería. Su voz no se escucha bien. Podría llamar un médico.
- Sólo acércame la copa. Eso, despacio... más cerca... detente ahí.
- Puedo encender la luz.
- Los billetes están sobre el buró, del otro lado. Ve por ellos.
- Está muy estrecho. Además esas sombras...
- Podrías cerrar la puerta.
- Con eso habría menos luz.
- Con eso no habría sombras.
- Ya los tengo.
- Detente ahí. Háblame un poco. Dime cualquier cosa.
- Es tarde.
- Pero ya estás aquí. No te vuelvas. Quédate así.
- Ayer también estuve.
- Sí, y también era tarde. Ayer también era tarde y a pesar de todo me hablaste.

Háblame ahora.

- No se me ocurre nada.
- Cuéntame lo mismo...
- ¿Está bien- ¿Necesita algo...?
- No necesito nada.
- Puedo encender la luz.
- Tus piernas son largas, son fuertes, son gruesas.
- ¿Cómo lo sabe?
- Sólo cuéntame lo mismo de ayer. No necesito nada. Quiero escucharlo.
- Bueno. Pero no me mire. Por favor no me mire.
- Lo intento, no te prometo nada.
- Yo no le gustaba a la Madre.
- La Madre era tonta. Todas las madres son tontas. ¿Cómo podías no gustarle?
- No le gustaba, nada más.
- Continúa.
- Aquella vez eran las ocho. La luna era muy roja y muy grande, parecía un queso.
- ¿Un queso rojo?
- Un queso de sangre. Se asomaba por la ventana. Nos miraba y estaba caliente.
- ¿Quién estaba caliente? ¿La Madre, alguna de las hermanas, tú? Eso no me lo dijiste.
- La luna. La luna estaba caliente, o eso parecía. La Madre nos miraba. Yo estaba asustada. Se oían pasos en el corredor. Ladraba, sola, una campana. Todas las hermanas, maquinalmente, en silencio, llevaban la cuchara a la boca. La boca mascaba. La sopa era fría.
- ¿Como tus pies ahora?
- ¿Cómo lo sabe?
- Como tus pies. Continúa.
- Yo hacía grandes esfuerzos. Mi cara se hinchaba. No me gusta la avena. Estaba muy babosa.
- Babosa cómo. Como qué. Dime. Como qué.

- No se me ocurre. Como una guayaba, como un recién nacido, como una rata mojada.
- ¿Mojada como tú, ahora?
- ¿Cómo lo sab...?
- Bien. Muy bien. Continúa.
- Siempre les hice saber que no me gustaba la sopa, que me daba asco, y la sopa de avena mucho más porque me recordaba a mi mamá.
- Suele pasar. Mi madre más que asco me daba lástima. Continúa.
- Me daba asco porque me recordaba la misma sopa aguada y fría que cocinaba mi madre. Eso me daba asco. Mi madre no me da asco, me da otras cosas. Dinero y pena, pero no asco. Eso es otra cosa.
- ¿Qué más?
- Pues nada. Nunca me hicieron caso. Cada que protestaba me ponían a rezar padres nuestros. Protestar no era bueno. Me arrodillaban sobre nopales y me obligaban a rezar padres nuestros. El altar presidía, hueco e iluminado. El altar y sus velas. Las velas olían a rancio. Las hermanas me vigilaban. Si erraba lo repetía. Yo no me lo sabía, pero igual lo rezaba. Creo que funcionó. Castigada sí me sentía. Pero esa vez, especialmente esa vez, no les importó que me hiciera daño la sopa. Pedí permiso de ir al baño.
- ¿Querías defecar?
- No. Pero quería ir al baño. Hacer tiempo. Que pasaran las cosas. Como insistí demasiado la Madre se enojó conmigo y me gritaba. No me dejó ir.
- ¿Qué te gritaba?
- No lo recuerdo. Cosas que asustan. Cosas que atontan. Quiso obligarme a tragar. Tomó la cuchara y la llenó de sopa. La llevó a mi boca y de regreso a la puchera, luego de nuevo a la boca y otra vez a la puchera.
- ¿Cuántas veces?
- No las conté, pero creo que fueron demasiadas. Las otras hermanas nos miraban. No era miedo, pero miraban. A mí me dolieron los dientes. Se me atascó la garganta. Sentí que mis ojos lloraban. No era yo, no era llanto, pero mis ojos lloraban. La mancha de luna en la ventana parecía inundarse conmigo.

Ella de agua y yo de sopa. Yo de sopa y ella de agua...

- ¿Qué pasó después?

- Yo dije algo. O no recuerdo. Pero dije algo. La Madre se ofendió, luego vino un oscuro, un hueco... la recuerdo de nuevo con un puñado de cabellos resbalando de su mano. Eran míos. Se le quedaron pegados después de azotar mi cabeza contra la tabla. La mesa era dura, era gruesa.

- ¿Estaba muy enojada?

- No, estaba muy sucia, pero también enojada. Creo que más lo primero que lo segundo. Porque no lo pude evitar.

- ¿Qué cosa? ¿Qué no pudiste evitar?

- Me da pena.

- Dilo.

- Me da pena.

- Dilo.

- Vomitaba.

- ¿Quién?

- Ella.

- ¿Por qué?

- Porque le dio asco.

- ¿Qué le dio asco, la sopa?

- No. Mi cara.

- ¿Por qué le dio asco tu cara?

- Porque también estaba vomitada.

- ¿Ella te salpicó?

- Sí. Bueno. No. Yo fui la que comenzó. Como me atragantó con la sopa, me vacié contra su falda. Ella que era muy especial, se aguantó lo que pudo, pero no pudo contenerse, dicen. Se persignó antes de imitarme, dicen. Pero todo me cayó a mí, en la cabeza y en la cara. No es gracioso lo demás. Esto tampoco, pero menos lo demás.

- ¿Qué es lo demás?

- Que me cumplió la amenaza. ¿Puedo encender la luz?

- No, ya es tarde. Hace frío y pronto tendremos sueño. No hace falta que enciendas nada. Termina tu historia.
- El final es que terminé lavando las baldosas en la madrugada. La parte antes del final es la de la amenaza. La amenaza fue que, como la sopa no me entraba y a veces la escupía, me había dicho... me había dicho que...
- ¿Y lo hiciste?
- No tenía más remedio.
- ¡Lo hiciste!
- Dijo que lo que se le ofrece a Dios hay que cumplirlo. Que era por mi bien. Que tenía que aprenderlo. Que de eso se trataba todo. De aprender a darle gusto al Señor.
- No lo puedo creer.
- Dijo que no hay que jurar en vano. Dijo que por eso cumplió la amenaza. Que si no hubiera hecho algo peor.
- Y tiene razón. Dios suele ser rencoroso. Es enano y muy rencoroso. Por eso castiga y demanda. Demanda y castiga.
- Sí, eso supuse y me dio mucho miedo. La ira de Dios y de la Madre juntas. Demasiado para mí sola.
- Demasiado para él solo y para la madre. Son sólo palabras.
- Tuve miedo, sentí vergüenza.
- Lo de la madre... ¿Igualmente me lo habrías contado?
- No lo sé. Lo de tragar el vómito ya me parece suficiente. Además no me imagino qué es eso peor que se le hubiera ocurrido.
- Dilo otra vez.
- ¿Qué cosa?
- Te lo pido, una vez más. Dilo.
- No es buena idea. Es tarde. Puedo venir mañana. Mañana lo digo otra vez.
- Está bien. Mañana. Pero acércame la copa. Más... Un poco más.
- No debería. No se oye bien. Parece que puede empeorar.
- Nada puede ser peor. La ira de Dios es esta calma...
- Me asusta.

- Tus piernas son largas, son gruesas, son fuertes. Deben ser suaves también.
- Eso no puede saberlo. Depende.
- Sí, eso depende. Cúbrete bien. Que no te vean cuando salgas.
- Nadie.
- Vuelve mañana y dime si lo encontraron, si ya lo tienen y qué es lo que dicen al respecto. Me gustaría mucho saberlo. Lo necesito.
- Sí, a mí también. Sí que me gustaría.
- Vuelve mañana. Mañana y pronto. Vuelve mañana.
- Aquí estaré.

- Primero es el mareo. Constante y adormecido, suave. Luego la nausea. El ardor como una mano arañando la garganta, el esófago y el estómago. El brazo...
- ¿Le puedo ayudar en algo- ¿El brazo, señor?
- Silencio. El brazo, sí, siempre el mismo.
- ¿El brazo?
- El izquierdo, el brazo izquierdo es una piltrafa ridícula, inútil y blanda. No te responde. La respiración te abandona, luego viene el sudor, la fiebre y todo se enrarece.
- ¿Dónde le dejo la copa?
- Tú no sabes de eso. Eres muy joven. Acércate. Es... como moverse en un aire denso, oscuro y pesado que te abraza, como flotar tristemente dentro de un líquido espeso, una suerte de baba. Saberse idiota, como un pez de ojos desmesurados que no aciertan a entender de dónde le viene la desgracia. Los minutos se dilatan, pierden su consistencia de paso y permanecen, el tiempo se arrastra. Los objetos reverberan, se derraman por sus bordes. No hay oscuridad en tus ojos cerrados, ni calma en el vacío obtuso de tu cabeza dañada. Miras desde un lugar más adentro de tu mirada. Los sonidos, algodinosos, disminuyen su intensidad, se ralentan. Todo sucede en ti, o eso parece. El letargo trastoca todo, te confunde. Luego esa sensación. No sabes de qué te hablo. ¿No lo quieres saber?

- ¿Dónde quiere que le deje la copa?
- Del reblandecimiento general de los objetos, del acoso y la opresión. De la zozobra incontenible. De eso te hablo. Las paredes se contraen y te amenazan, la luz se enturbia y gana en opacidad, mientras la garganta seca ahoga el grito que habla de tus vísceras yermas. Todo parece enemigo. La realidad se distiende. Entonces puedes mirar, tú mismo, cómo uno de tus ojos, generalmente el izquierdo, siempre el izquierdo, y esa siniestra porción de tu cabeza, se abultan, se separan del resto y amenazan con reventar. El espectáculo sucede antes, pormenorizado y terrible, dentro de tu cabeza: miras las arterias hiper transitadas por coágulos locos dispuestos a entorpecer el fluir inconstante de tu sangre viciada...
- Señor...
- La pulsión insistente en las sienes, los dientes apretados, el dolor paralizante, otra vez, otra vez, otra vez... esas enormes ganas de morder, de golpear, de acabar con algo para arrastrarlo al fondo contigo, para no irte solo. Un gesto inútil de vida, destruir. Para ahuyentar el temor, para habitar el silencio, para enterrar bien las uñas en ese momento que se extingue contigo, para no permitir que la luz y esa vocecilla débil de la conciencia se fundan, se te apaguen. Ese temor final de irse solo. Este querer gritar lo inexpresable. Todo, agitándose en silencio, royéndote el estómago, como una feroz amenaza, al interior de ti. Pero respiras, si consigues hacerlo, superando el dolor en tu pecho, y reparas, tras breves instantes de angustia, que nada ha cambiado afuera. Que puedes borrar y nada, aunque sigues aquí. Mira. Sigue cayendo. Seguirá cayendo. ¿Te das cuenta?
- ¿Dónde le pongo...?
- Contesta. Creo que te hice una pregunta.
- Perdona. ¿Qué dijo?
- Que si te has dado cuenta. Cae, sigue cayendo. Como ayer.
- Sí. Así parece. Y seguirá.
- Seguirá. Todo es grisura. ¿Tiene sentido- ¿Puedes explicármelo- ¿Tiene sentido?
- ¿Perdón?

- La lluvia, el hielo, los árboles contradiciendo lentamente la gravedad. ¿Tiene sentido?
- Supongo que sí.
- Ah, supones. Supones. ¿Y qué es lo que supones?
- No lo sé. Que sirve para algo. Todo eso sirve para algo.
- De nada sirven, esas cosas no modifican nuestra existencia. Podríamos no estar y seguirían las cosas como esas, moviéndose o impasibles. Antes del hombre ya eran y no servían para nada ni tenían sentido. Si lo tienen nosotros lo inventamos. Son anteriores a toda medición, al tiempo. El tiempo es solamente la medida de nuestra derrota, el testimonio de la finitud de la existencia, el anunciante de la decadencia de nuestros lastres, del cuerpo. Porque no somos algo más que las bolsas animadas de carne y fluido que nos contienen, ¿no crees?
- No entiendo. No sé.
- Entonces no supones, y no sabes y no padeces la eternidad, como las cosas, el estar aquí para nada. Como las cosas simples.
- ¿Las cosas simples?
- Sí, como esta lluvia que no cesa ni se inmuta por que tú y yo tengamos frío y nos hagamos preguntas. Estamos aquí y lo peor es que nuestra voluntad se reduce a no querer terminar. A explicar el sinsentido. Porque nos muerde el deseo. Somos animales deseantes. Puedes cerrar la ventana.
- Creo que debería irme.
- No has hecho lo que te pedí. Eres muy joven. ¿Te pintas el cabello?
- No.
- Es natural. Haces bien. Porque no tendría sentido. Ahora que si nada lo tiene, por qué no. Pero es natural, dices. La belleza es inexplicable, sucede, cuando sucede, a pesar de nosotros. No te mortifiques. ¿Cuál es tu nombre?
- Está prohibido...
- ¿Tu nombre está prohibido? Qué extraño prodigio no permite que las cosas no sean lo que las nombra. Dime tu nombre.
- No puedo.
- ¿Eres creyente-

- Tampoco. Tampoco puedo.
- ¿Tampoco puedes creer?
- No.
- ¿Y qué es lo que sí puedes hacer? ¿Levantar tu falda como ahora? Estás nerviosa.
- Cerrar la ventana. Dejar su copa. Irme.
- ¿Has trabajado hace mucho en este lugar?
- No.
- ¿Eres nueva?
- No.
- ¿Entonces?
- Está prohibido que hable...
- ¿Está prohibido? ¿Por qué? ¿Qué es lo que compra el dinero que te pagan por encerrarte a hacer camas? ¿Las horas de tus días, completas? Podrías no hacer nada en ese caso mientras te encuentres cubierta bajo este techo. ¿El trabajo de tus manos? Eso suena muy tentador, incluso pecaminoso. ¿El silencio que celosamente intentas guardar? ¿O todo lo que haces con tu boca? Incluyendo también tus escasas y torpes palabras, ¿también eso? ¿Todo por un par de billetes, un puñado de monedas a la semana? ¿Todo eso te compraron al entrar aquí, también tu nombre? Yo podría pagar más.
- Debo irme.
- No, por favor. No te vayas. Yo no he querido ofenderte, ni creo haberlo hecho. Creo no haberte dicho nada que pudiera parecerte sucio. No he hecho proposiciones y no las haré sin tu consentimiento. Podrías no tener miedo. Eso nos ayudaría a los dos. Yo me sentiría en confianza de pedirte, tú te sacudirías la opresión de tus patrones. Un pequeño espacio de libertades... Así bien podríamos negociar. ¿Qué te parece? Podrías beber de mi copa.
- Está prohibido, debo irme.
- Por favor, espera. Sí. No hay prisa. Y de ninguna manera quisiera que temieras por tu... integridad. Mírame bien y hazte una idea. ¿Qué podrías temer? No quiero que bebas para aprovechar tu confianza. Puedes hacerlo si quieres para dejar de temblar. No quiero quedarme solo. Sólo te pido escuchar. Y que hables.

- ¿Hablar? Yo no sé hablar.
- Mientes. Tal vez no te gusta, pero no lo puedes evitar. Dices hablando que no sabes hacerlo. Más tarde dirás que no sabes respirar suspirando. Eso ejerce una rara fascinación. Debes darte cuenta. Debes darte cuenta porque más tarde te traerá problemas o satisfacción. La ingenuidad es perversa.
- Yo no lo soy.
- ¿Ingenua o perversa?
- Ninguna de las dos.
- Vuelves a mentir.
- Tengo que irme.
- Supongo que así es. Estaré aquí algún tiempo. ¿Tú vienes todos los días-
- Vivo aquí.
- Tanto mejor. Me gusta beber esto. ¿Puedes traer uno mañana?
- Eso podrá usted pedirlo mañana, a quien esté.
- Tú estás ahora, y yo te lo pido, de nuevo, para mañana.
- Pero pueden mandar a otra.
- No, pediré que seas tú, diremos que me das confianza, que te traté bien, que te di una moneda
- No hace falta.
- Tómala. Toma.
- Si usted quiere.
- ¿Pero lo quieres tú? Eso es lo que hace sentido, le da sentido a las cosas. No basta que te lo ordene, que no es el caso. No necesito un objeto con falda. Desearía que tú, de voluntad, encontraras placer en traerme la copa. La voluntad hace el sentido, el deseo hace el placer, sólo el placer tiene sentido, aún a costa de lo que sea.
- Puedo traer su copa.
- ¿Quieres traerla?
- No sé.
- No puedes no saberlo. Yo quiero, necesito que lo hagas.
- Ayer la trajo Ninet.

- Ahora ya sé su nombre. Pero no me interesa que vuelva. Me interesa que lo hagas tú.
- ¿Por qué? ¿Por qué yo?
- Porque escuchas.
- No sé.
- Eso ya lo dijiste.
- Pues es que no lo sé.
- Te espero a la misma hora.
- Lo pienso.
- No es necesario que toques, la puerta estará abierta
- No lo sé.

- Un hombre miraba.
- ¿Miraba? ¿Y qué sentías?
- Calor.
- ¿Porque te miraba?
- Puede ser.
- ¿Por dónde miraba?
- Una rendija.
- ¿Cómo sabes que era un hombre?
- Por la mirada. Era de hombre. Ladraba.
- ¿Tú lo viste?
- O lo soñé. Su ojo, grande, mojado, verde. Miraba. Nos miraba. Nosotros tratábamos de no hacer ruido. Mi madre ya sospechaba.
- ¿Quién era?
- No lo sé.
- ¿Qué sospechaba?
- Que lo hacíamos. Desde hacía mucho. Yo tendría once años.
- Muy bien. No perdías el tiempo.
- Él era mi primo.

- ¿El que miraba o el que jugaba contigo?
- El que jugaba, mi primo. El otro no supe quién fue. Primero lo hicimos jugando.
- ¿Jugando cómo?
- Como todos. Él era el médico. La primera vez fue médico. La segunda era un santo varón.
- ¿Un santo varón? Muy interesante. ¿Me vas a platicar?
- Sí. Si quiere sí.
- Bueno. Adelante.
- Yo tenía una enfermedad muy grave. Se me llenaba de puntos el cuerpo.
- ¿Qué clase de puntos?
- Rojos y negros. También de rayas. Rayas, así se dice, ¿no?
- Explícate.
- Cuando una línea en la carne se abre y escupe sangre, puede pasar en la espalda o en la planta del pié.
- Llaga. Se llaman llagas.
- Eso, llagas. Me dijo que él era un médico milagroso, que podía curar mis manchas y mis llamas. Es decir, mis llagas.
- ¿Y lo hizo?
- Creo que sí. Quitó mi blusa. Dijo que en el pecho tenía dos, que era muy grave.
- ¿Dos llagas?
- Dos manchas. Y no eran negras ni rojas. Eran rosas. Me dijo que se lo había imaginado y que parecían empeorar porque se estaban hinchando. En un año la hinchazón sería más que notable y me traería problemas.
- ¿Qué clase de problemas?
- Todos las mirarían, sabrían qué escondería debajo de la blusa, que tendría que usar unas muletas o una especie de algo para detenerlas.
- ¿Un bastón?
- Un sostén, dijo.
- No sabías lo que era.
- No.
- ¿Cuántos años hace?

- Varios, no muchos.
- ¿Y qué edad tenía tu primo?
- Seis más que yo.
- Ah. Sígueme contando.
- Pues me dijo que se estaban hinchando porque estaban llenas de veneno, que usaría el método indio, que debería de chupármelas para extraer la ponzoña y así estaría curado mi mal.
- ¿Y qué hizo?
- Chupó.
- ¿Dónde tenías las manchas?
- No lo puedo decir.
- ¿No lo puedes decir?
- No.
- ¿O no quieres?
- No puedo.
- Te curó.
- Al principio creí que sí. Pero varios meses después las manchitas crecían y me asusté. Le dije a mi madre que estaba muy enferma, que me habían crecido las manchas y las ronchas. Me preguntó que qué era eso de las manchas y las ronchas. Entonces se lo expliqué, con detalles. Ella quiso enterarse de todo. Me desvistió en la sala, delante de ese señor.
- ¿Qué señor?
- Su nuevo amigo. Ella decía que era el tío Juan. Había un tío Juan diferente cada semana.
- ¿Y qué pasó?
- El tío Juan, ese tío Juan, intentó sacarme el veneno, también él lo intentó. Mi madre se dio cuenta. No le pareció bien. Y nada, que para evitarse problemas, me mandó a la escuela de monjas.
- ¿Por qué?
- Por lo de las manchas y las llagas.
- Pero no tenías llagas.

- Sí, una, entre las piernas.
- Ya entiendo. ¿Y también te curó tu primo?
- Creo que sí. Pero diferente. Las primeras veces chupó también.
- ¿Y qué sentías?
- Comezón, cosquillas. Me daba pena.
- Te lastimaba.
- Cuando chupaba no. Me daba cosquillas. Primero fueron las manchas, luego la llaga. Una vez sucedió que...
- Cuenta.
- No. Mejor ya me voy.
- Es temprano, te da tiempo.
- Pero apague ese aparato.
- No pasa nada, es nada más para que luego comparemos lo que dijiste con lo que te acuerdes después.
- ¿Nada más para eso?
- Te lo prometo. Me gusta tu voz.
- Pues es que una vez, mientras me curaba la llaga, me ganó.
- No me digas.
- Sí. Yo me sentí extraña, sacudida como por una flama, una flama de electricidad.
- Una corriente.
- No, una flama.
- Bueno, una flama. ¿Y qué más?
- Se enojó. Ya no volvió a curarme.
- Te dejó en paz con la llaga.
- Sí, más o menos. Hasta que se le ocurrió lo del diablo y del infierno.
- ¿Qué es eso del diablo y el infierno?
- Nada. Una historia sucia.
- Cuéntamela.
- No la recuerdo.
- Cuéntamela como sea, de lo que te acuerdes.

- No creo que valga la pena.
- ¿De dónde la sacó-
- De la escuela. Dijo que se la contaron en la clase de lógica.
- A ver.
- Pues pasa que una muchacha muy creyente quería servir bien a Dios. Y le habían dicho...
- Acércate más.
- ¿Así?
- Sí, pero un poco... así. Ahora no mires.
- Bueno. Esa muchacha quería conocer a Dios y le habían dicho que en un pueblo muy cercano, o más o menos cercano, vivía un santo varón que conocía los rituales para mejor servir a Dios. Era un hombre muy pobre y muy santo que vivía en el desierto.
- ¿Vivía en un pueblo, pero vivía en el desierto?
- Sí. La cosa es que la muchacha se decide a buscarlo. Le avisó a sus padres y se salió al bosque a buscarlo.
- ¿El santo varón no vivía en el desierto?
- Sí, pero tenía que atravesar el bosque para llegar al desierto. Es de lógica, ¿no? Y se perdió un poco en el camino. La muchacha se perdió. Luego alguien le informó mal un par de veces, pero finalmente lo encontró. Muy barbudo y muy flaco. Se alimentaba, cada que podía, de manzanas verdes, raíces y agua. Eso mismo le ofreció a la muchacha cuando la recibió, y una hoja de parra.
- ¿Una hoja de parra? ¿Para qué?
- Para que las reconociera. Le dijo el santo hombre que debería buscar un montón de ellas para hacerse una cama, porque no había otra y como él no quería verla dormir en el suelo y como él, muy santo y muy varón no era un tonto, tampoco quería enfriarse las espaldas. Así que la muchacha tenía que apurarse porque se estaba haciendo de noche...
- Hojas de parra en el desierto.
- Era una prueba para su fe.
- ¿Y qué tiene que ver eso, la cama de hojas de parra y la fe con la historia del

diablo, el infierno y la llaga que no se te curaba?

- Ah. Pues que un día, después de varios ayunos, y de mirar a la muchacha arrodillada en el río, lavando los calcetines, el santo varón tuvo una iluminación. Le dijo que él tenía un diablo que se había apoderado de él y no lo dejaba en paz y que Dios, dispendioso y bueno como es, la había guiado providencialmente a él para ayudarlo y bien servirle. Así que le explicó dónde tenía ella el infierno y él el diablo y se dieron a la tarea de encerrarlo todas las veces que pudieron durante una semana. Pero pasó que a la muchacha le hacía también gran favor acallar los ardores del infierno y quería acallarlo a cada rato, pero el santo varón se aburrió pronto y la regresó a su casa, donde la casaron con otro.

- Ya entiendo. Y te convenció con la historia, y te curaba con el diablo... Hasta que se aburrió...

- No le dio tiempo. Estábamos en esas cuando mi madre me revisó y me mandó con las monjas.

- No te vuelvas.

- ¿Por qué?

- Porque no. No has terminado. No me dijiste qué pasó con la cama de parras.

- Esa parte no me la sé.

- Te volviste. Te volviste.

- ¿Se siente bien?

- Sí. No es nada.

- ¿Está seguro? Esa tos no me gusta.

- Estoy bien.

- ¿Quiere que continuemos?

- No. Ya me aburrí. Vete. Mañana vienes de nuevo y me cuentas.

- ¿Esta historia-

- Esta no. Otra. Ahora vete. Se hace tarde.

- No, aún es temprano.

- No, ya es tarde. Vete.

- Hasta mañana.

- Sí, hasta mañana.

- Debo pedirte una cosa. Una cosa sencilla. Algo que puedes darme sin demasiados esfuerzos.
- Diga.
- Dame la copa.
- Lo escucho.
- Es importante no preguntar.
- ¿De qué se trata-
- No me escuchaste.
- Muy claro y muy fuerte.
- Tú y yo compartimos algo. Estos oscuros momentos.
- ¿Son malos?
- No.
- ¿Por qué oscuros?
- Nocturnos. Estos momentos nocturnos.
- Es natural. Yo hago mi trabajo. Para eso me pagan.
- Y yo sobrevivo.
- ¿Realmente se siente tan mal?
- No. No mucho. Lo que es natural.
- ¿Entonces es natural llegar a sentirse mal?
- Con el tiempo. Sí. Y a veces sirve porque el mostrarte, revive y te devuelve, otras nada más se padece. Hay que guardarse del llanto, es innoble, de débiles y cobardes.
- Yo nunca lloro. Y sí me han dolido cosas.
- ¿Estar conmigo te duele?
- No.
- Qué bueno.
- ¿Me va a doler?
- No, claro que no. O no mucho. ¿Te importa?
- No lo sé.

- ¿Harías cosas, algunas cosas si yo te las pidiera?
- No lo sé.
- Puedo darte dinero.
- No es necesario. La propina normal es suficiente.
- Pero yo insisto.
- No. Y no se moleste. Los demás podrían sospechar.
- ¿Te han dicho algo?
- No.
- ¿Te han preguntado?
- No.
- ¿Y si lo hicieran?
- Les contaría.
- ¿Qué cosa les contarías?
- Que aquí no ha pasado nada.
- Eso es verdad.
- Yo solamente le traigo su copa.
- Sí, sólo eso.
- Lo demás es por mi cuenta.
- Eso es lo peligroso, eso es lo que cuenta. Lo demás. Y esa manera peculiar de decirlo.
- ¿Por qué?
- Pues si lo dices de ese modo, puede prestarse a sospechas.
- ¿Sospechas? ¿Usted cree?
- Evidentemente.
- Pero nadie me pregunta.
- ¿Ah, no-
- No. Generalmente están dormidos a esta hora.
- ¿Pero saben que vienes?
- Pero piensan que no me tardo. Siempre soy la última en acostarse.
- Qué bien.
- ¿Qué cosa quiere pedirme?

- En realidad no es nada.
- Dígame.
- Nada. No es nada.
- Es usted muy malo.
- ¿Por qué? ¿Te hago daño?
- No, pero ahora quiero saber.
- Lo mismo digo, querida.
- ¿Lo mismo?
- Pero ya tendremos el tiempo. Ahora sólo quiero que estemos de acuerdo en lo importante, y eso es salvaguardar nuestra intimidad.
- Usted usa unas palabras...
- ¿Qué palabras?
- Salvaguardar, intimidad.
- ¿Qué con ellas?
- Nada. Me hacen sentir importante. Como en otro tiempo.
- Este tiempo es otro. Es nuestro. Y sí eres importante. Mucho. Para mí.
- No diga esas cosas.
- ¿No te gusta?
- Me avergüenzan.
- No hay razón para ello.
- Pero me pongo roja.
- Te sonrojas.
- Sí, eso, me sonrojo.
- Y tus ojos...
- ¿Qué tienen?
- Son... delicadamente malévolos. Claros, infantiles y malévolos.
- No son claros.
- Brillan.
- No son eléctricos.
- Electrizan.
- No entiendo.

- No importa.
- Debo saber.
- Sí, debes saber. Las criaturas como tú suelen ser la perdición de sí mismas y de incautos como yo.
- ¿Como usted?
- Sí.
- Yo no quiero hacerle mal.
- No. Nadie quiere. Pero un día vas a saber que la mayor voluptuosidad del amor está en la certidumbre de hacer el mal. Hacer el mal es inevitable. Está en todo deseo, el mal.
- Usted sabe cosas.
- No más que tú, niña mía. No más que tú. La moneda está en el aire.
- Esto es... ¿un juego?
- Ni más ni menos.
- ¿Y cuáles son las reglas?
- Ninguna.
- ¿Qué debo hacer para ganar?
- Nada. Absolutamente nada.
- ¿Entonces?
- Ser bella.
- ¿Yo?
- Sí. Sólo eso.
- ¿Y lo soy?
- No sabes cuánto, ni de qué modo.
- ¿Y con eso basta?
- Sí. Con eso es suficiente. Con eso puedes ganarme, con sólo eso me has ganado.
- ¿Y en qué consiste este juego?
- En no dejarse arrastrar.
- No entiendo.
- Lo que más quieres te daña.
- ¿Es eso?

- Creo que sí. ¿Lo entiendes?
- ¿Hay que quererse entonces?
- Así parece. De algún modo. ¿No te da miedo?
- No. Quiero jugar. ¿Cuándo comenzamos?

- Quiero hacerle una pregunta. ¿Puedo?
- Ahora no.
- Es importante.
- Después.
- Necesito saber...
- Yo también. Termina, por favor.
- ¿Qué quiere decir alpestre?
- ¿Qué más? Dime qué más.
- Pero quiero saber qué es alpestre. ¿Es algo malo?
- No. Sigue leyendo.
- No voy a entender si no me explica qué es alpestre. ¿Es un insulto?
- No, no es un insulto.
- Ah. Es que dice que el hombre, en la comisaría...
- En el departamento de policía, en el Ministerio Público.
- No, aquí dice que en la comisaría.
- Periodistas estúpidos.
- En la comisaría acusó a la mujer de infame, alpestre, vil y abyecta. Por eso me sonaba a un insulto. Infame y vil lo entiendo, por eso deduje alpestre y abyecta como unas groserías.
- Pues no, es una forma de decirle campirana, pueblerina. No es un insulto, pero parece. Alpestre es de los Alpes. Insisto. Son unos estúpidos.
- ¿Dé dónde sacan palabras como esa?
- Del diccionario. Supongo que del diccionario y de su poca imaginación, de su mundo pequeño. ¿Qué tienen qué ver los Alpes en esto? ¿Dice algo más?
- Sí, mucho. ¿Quiere que se lo lea o le hago un resumen?

- Prefiero que leas.
- Pues... dice: "Leyó la nota y se lanzó al río".
- Muy digno título.
- "Un profesor de idiomas..."
- Más que imbéciles.
- "Un profesor de idiomas fue detenido en nuestra tristemente célebre ciudad, sólo por que una camarera de un afamado hotel del centro lo acusó de que, hacia media noche, cuando, atendiendo a su deseo, le fue a llevar a la habitación un coñac triple, intentó abusar de ella, lo que el profesor de idiomas negó ante todos los diarios y acusó en la comisaría a la mujer de infame, alpestre, vil y abyecta."
- Ah, entonces lo de alpestre dicen que lo dijo él.
- Pues sí, así parece.
- Están muy equivocados. Si es profesor, aunque fuera de idiomas, aunque así fuera, aceptando que estos micos cilindreros no se han equivocado con lo de "Profesor de idiomas", sabría qué quiere decir la palabra alpestre. Cualquier maricón de peluquería sabe lo que quiere decir la palabra alpestre.
- ¿Continúo?
- Sí.
- "El profesor, que labora..."
- "Que labora..." No es posible. No se trata de meter las manos en la tierra. Labora...
- "El profesor, que labora en la afamada Universidad Nacional y se encontraba descansando de la traducción de un libro de filosofía..."
- Es inadmisibile. Será filólogo, geómetra o filósofo, pero no "Profesor de idiomas". Ningún profesor de idiomas que se respete habla medianamente bien el inglés. Menos podría traducir un libro de filosofía.
- "... porque había pescado una gripe maligna, debido a los bruscos cambios del clima estuvo en cama varios días."
- Debido al cambio de clima estuvo en cama varios días. Notable, más que notable. Profesor de idiomas y maníaco.

- "Como se dio por probado que el profesor de idiomas no estaba en modo alguno en condiciones de seducir a la camarera, por no hablar de violentarla realmente, al cabo de unas horas fue puesto en libertad y volvió al susodicho hotel."

- ¿Es todo?

- No. Falta.

- Termina.

- "La camarera fue expulsada del hotel, y cuando descubrió su fotografía en el periódico con el subtítulo Quiso sacar tajada y la tasajearon, se tiró inmediatamente al río. Hasta hoy no se ha encontrado su cadáver".

- ¿Es todo?

- Sí, es todo.

- ¿Del profesor no dice nada?

- No. Nada más de lo que ya leí.

- ¿Ni una foto?

- No.

- ¿Y la gente? ¿Qué dice la gente?

- Nada.

- ¿Cómo nada?

- Sí, nada. Cosas como estas pasan todos los días.

- La gente siempre dice algo, aún de las cosas que pasan todos los días. Para no aburrirse. Siempre dicen algo.

- No sé. Creo que no es la única.

- ¿Cómo dices?

- Sí, creo que no es la única, ni la primera.

- ¿En qué te basas?

- En nada. Es una intuición. ¿Puedo llevarme la copa?

- Sí. Pero vuelve con otra.

- Quiero hacerle una pregunta.

- Alpestre no es un insulto.

- No es sobre eso.

- Entonces sobre qué.

- No sé si deba.
- Tampoco sé si te la pueda responder.
- Entonces no la hago.
- No, creo que no.
- Creo que debería irme. Ya va a amanecer.
- ¿Cómo lo sabes-
- Hay luz, un poco de luz.
- En ese caso...
- Me voy.
- ¿Volverás mañana?
- No lo sé. ¿Quiere que lo haga?
- Sí.
- Tendré más preguntas.
- En ese caso, mejor no. No vuelvas.
- Usted...
- Basta.
- ¿Quién es...?
- Ya vete.
- Adiós.

- ¿Y qué más?
- Siempre la idea. La misma siempre. Mira esta.
- Asqueroso.
- No, asqueroso no. Mírala bien.
- En esta otra es lo mismo.
- Claro que no. Parece lo mismo, pero no.
- No me queda claro.
- No sé de dónde, ni cómo es que terminé creyéndola. Lo cierto es que desde la infancia escuchas y ves cosas que lo dejan entrever, que lo insinúan. Es esa idea. Está en las malas palabras. La primera vez que lo hice, creo que me dolió más a

mí.

- ¿Cómo puede ser?
- No sé. No era el momento. Yo tampoco entiendo.
- ¿Por qué?
- Es duro. Cuando eres joven te advierten, te lo dicen todo el tiempo, que se trata de eso, y tú haces tu esfuerzo, te preparas. Aunque al final es un tormento. Terminas creyendo en el mito. Mira esta otra.
- Parece que les gusta.
- Y no somos todos iguales, pero funciona igual, la misma idea en todos, inoculada desde la infancia, desde el lenguaje. Es una visión del mundo.
- Sí, les gusta.
- ¿A quién le gusta?
- Míralas.
- Debe gustarles. Es que son más fuertes. Están hechas para eso, están hechas para el dolor.
- Yo no lo creo.
- De algún modo debe gustarles. No me imagino que puedan hacerlo por nada.
- Dinero. Seguro hay dinero de por medio.
- Sí, pero no es suficiente. Mira. Además no parece que se estén muriendo de hambre. Míralas bien.
- Ellos tampoco se estarán muriendo de hambre. Mira esos brazos.
- Pero casi nunca dan la cara, ¿te has fijado?
- Pues no, en realidad no. Es la primera vez.
- No es verdad.
- Sí.
- ¿En la escuela, no?
- No.
- ¿Y qué te parecen?
- Raro. Me emocionan raro. Me gustan, pero me... no sé, me repelen.
- Todo se trata de lo mismo. A veces, cuando la sensación agresiva no va más allá, y en vez de dolor causa placer, llegan a extremos. La idea es pulverizar,

romper, desgarrar, llegar muy adentro y con fuerza, rajar, partir en dos, deshacer, destruir a fin de cuentas. Mira esta.

- Guau. Es increíble. ¿Cómo lo hace?

- ¿Cuál de los dos?

- Desde luego que ella. De él no me pregunto, así salió y ya. Cosas de la naturaleza.

- No, no te engañes. Es un truco de la lente o un implante. Usan pomadas, inyecciones, pastillas.

- Parece real.

- Parece.

- Pero ella, es... enorme, es maravillosa. Está totalmente copada. Llena. Atravesada. Tan suavemente.

- No lo creo. Es a la inversa. La ocupan y no suavemente.

- No sé.

- ¿Cómo es para ti?

- Pues...

- Dilo.

- No es precisamente esa idea.

- ¿No?

- No.

- ¿Entonces cuál? ¿Cuál es la idea que tienes?

- La duración.

- ¿La duración?

- Sí, hasta el cansancio, hasta no poder más.

- ¿Hasta el dolor?

- Puede ser.

- ¿Hasta la muerte?

- Puede ser.

- ¿Por qué no? Hasta la muerte. Es lo mismo para todos. Pero para ellos, para nosotros...

- ¿Para ti?

- Para nosotros, la experiencia es diferente. Mira.
- ¿Por qué diferente?
- La sensación de invadir, de reventar, de inundar. Es poderosa. Una sensación poderosa. Es la dominación. Son otros los instrumentos. Un privilegio masculino.
- Sí, puede ser. La dominación...
- ¿Puede ser?
- ¿Eso piensas?
- Sí. Mira esta.
- Puede ser, pero mira esta otra.
- ¿Qué?
- Mírala. Es pequeño. Él es pequeño. Ella se ve muy, muy fuerte. Parece que se aburre.
- Es un tonel.
- No, es linda, y es fuerte.
- Él parece que también lo es.
- No tanto como ella. Le cuesta trabajo. Y su herramienta.
- ¿Qué tiene?
- Es pequeña. Ella la tiene más grande. Lo devora, se lo traga por completo, lo engulle sin dificultad. Parece incluso un poquito vacía.
- Eso pasa, hay unas que no tiene fin, fondo, parecen un abismo y son gordas. Generalmente son gordas.
- Ella no está gorda.
- Un poco.
- No me lo parece. Mira esta otra.
- ¿Qué tiene?
- Está con tres. Difícilmente uno de ellos podría hacer algo con tres.
- Se dan casos.
- Pero son más de lo imaginario, ¿no crees?
- No, ellos también pueden, la tienen grande, algunos la tiene muy grande.
- Es fácil ver a una de estas con tres super musculosos. Pero imagina a tres de estas con uno solo, con el más fuerte de todos. No puede.

- ¿No puede?
- No.
- ¿Ni siquiera este?
- No lo creo.
- Bah. Son puntos de vista. Todo depende de eso.
- ¿Tú crees?
- Claro, es evidente. Ahora resulta que ella no está atravesada, rota, ni reventada, resulta que engulle, que devora, que domina.
- Sí, así parece.
- Entiendes mal.
- No lo creo.
- Sí, claro. Lo entiendes mal. Por eso te digo que cuando la sensación de agresor no se ve plenamente satisfecha, se llega a extremos. A golpes, luego no es uno sino varios. Son varios los tipos.
- Ah, no es tan grave. Como en esta, ¿no?
- No, no entiendes. Mira, imagina tres o cuatro tipos como este, con una cosa como esa, y dos más esperando, haciendo fila y motivándose mientras te miran, e imagina que tú eres una como esta...
- ¿La flaca?
- Sí, como la flaca. Imagina que estos rinocerontes te cornean por todos lados, varias veces cada uno, por todos lados, durante horas; imagina que te han usado, que se han vaciado, que te rompieron todita, que te partieron, que te rajaron y te dejaron abierta, semi muerta y que descansan para volvértelo a hacer.
- ¿Todo eso?
- Sí, mira, así, así y así también.
- Ajá.
- Dame la copa.
- Ajá.
- Imagínalo. ¿Crees que los devoraste, que los engulliste, que te los has comido a todos, por todas partes? ¿Crees que dominas? ¿Tú crees eso posible?
- Sí, de algún modo.

- No, no es posible. Eso se llama necedad. ¿Por qué te obstinas?
- Yo nada más miro las fotos e imagino lo que me estás diciendo, lo demás...
- ¿Por qué lo dices?
- Pues, porque hay una fábula.
- ¿Qué fábula?
- Una que habla de un amo y de su esclavo.
- Eso es otra cosa. Eso no tiene nada que ver.
- No, creo que no. Es nada más que cada uno se crea su papel. El amo y el esclavo. Los roles se cambian.
- Exacto. Creerse el papel. Creer en la historia. Y estas fotos tienen su historia. Y esa historia cuenta que fueron hechas para demostrar que en rajar, en partir, en reventar y desgarrar, en inundar e invadir está el placer supremo de la violencia, la supremacía del agresor y que para serlo hace falta esta herramienta.
- ¿Cuál-
- Una. No importa. Guardemos silencio.
- Tengo sueño.
- Está bien.
- ¿Está bien?
- Sí. Buenas noches.
- No es tan tarde. ¿Esto es todo?
- Sí. Es todo por hoy.
- ¿No me dice nada?
- No.
- ¿No le cuento nada?
- No, hoy no.
- Bueno. No importa. Buenas noches. Mañana...
- Sí, sí. Mañana, mañana. Mañana.
- Mañana.

- "Y sonreírte en mi miseria. ¿Te parece poco? Podrías replicar cada tanto. Sobre todo cuando por fin las cosas son como te gustan. ¿Me escuchas? ¿De verdad me escuchas? Valdría la pena que una vez, la última, pudiéramos decírnoslo todo tal como es, o como nos parece que es. ¿No? ¿Puedes verme? Escucha: Así lo veo yo. No, no, no. Por favor, no te muevas, esta vez me parece indispensable que respires apenas, que no cierres los ojos, que te quedes quieta. Sólo esta vez. No hay luna. Estamos solos de verdad. Nada. Yo lo sé porque estuve ahí. En ese entonces tenía siete años. Ella me doblaba la edad. Era tarada. No es peyorativo, era tarada de verdad, tiraba baba y esas cosas. Uno de sus ojos, creo que el derecho, se escapaba cada tanto a hurgar los techos mientras el otro te observaba. Se llamaba Rebeca. Tenía un lindo nombre. A Rebeca se le notaban las ganas. Yo lo hice por compasión. Ahora no es diferente. La paso mejor contigo, pero creo que es lo mismo. Esa noche tampoco había luna. Qué coincidencia, ¿no crees? La vecindad estaba vacía. Era la noche niña. No alcanzaban las nueve. Rebeca estaba sola. Sentía mi presencia. Sabía que la observaba. Su madre desde casa la llamaba a los gritos, Que te metas ya, Rebeca, que te metas. Rebeca no hacía caso. Con su mirada perdida, nunca mejor dicho que en el caso de Rebeca. Con su mirada perdida escudriñaba lo oscuro del pasillo, los pliegues de la noche. Antes que mi estampa de niño me denunciaba el olor, la respiración agitada, el destemplado tambor del corazón delator. Dos pasos bastaron. Ya estaba frente a ella. Su cuello de leche se ofrecía a mi mordida. Ella. Olía mucho. Olía mal. Con la malicia bullente, pero desorientada, mi mano buscó bajo la falda de Rebeca. No el coño. Con un tarado rodeo y los músculos tensos, mi brazo bordeó su torso y se arrellanó, ruin, mi palma en su trasero. Culo suena mejor. Eran apenas cinco segundos de contacto que bien podían llamarse eternidad de la carne. Luego la besé, torpe, febril, ingenua, pero brutalmente. Una, dos, tres veces mientras hurgaba en las nalgas de Rebeca. Sentía desmayar su aliento. Sabía que era peligroso, que una mirada del otro y el mundo sobre mi espalda no me hubiera perdonado jamás. Lo sabía. Pero la sensación, la posibilidad de robar, de allanar, de romper y de violar, de desbaratar dulcemente al otro, me mantuvo un poco más merodeando las

ridículas tetas y falsa cintura de Rebeca. Luego la solté. Corrí, me detuve y miré. Su cara descompuesta por la razón extraviada, sus labios separados, húmedos y estúpidos dibujando en su gesto el DESEO, esa palabra procaz, me devolvieron a la noche, a la noción de lo ganado, a la herida viva que quedaría para siempre en la memoria rota de Rebeca. Creo que nadie más la besó. Daba asco. Yo lo hice por desprecio, por repugnancia de mí. La niñez todo lo permite. La carne fresca, firme... El juego del cazador. El asco. La flacidez, la desesperación, la soledad. El mismo juego perverso, pero menos divertido. ¿Entiendes? Ahora no es diferente. De hecho es como ahora. ¿Entiendes? Rebeca tiene otro nombre. Rebeca. Tú eres Rebeca"

- ¿Todo eso le dijo?
- Sí.
- ¿Y se llamaba Rebeca, igual que la del cuento?
- No es un cuento. No. No se llamaba Rebeca.
- ¿Y qué pasó?
- Lloraba.
- ¿Y usted?
- La miraba.
- Pero no era Rebeca.
- No, apenas la conocía.
- ¿La quiso?
- La quise.
- ¿Y ella qué dijo, qué hizo?
- Nada. Se tiró al río, dicen.

- ¿Qué piensa de mí?
- Eso no importa.
- A mí si me importa, mucho.
- ¿Por qué? ¿Qué quieres saber?
- La verdad.

- La verdad. No sabes lo que dices.
- ¿Qué le parezco?
- ¿Qué es esa pregunta?
- ¿Me quiere?
- Mejor no te muevas. Quédate quieta. Necesito mirarte. Quieta y en silencio.
- Podría encender la luz.
- ¿Otra vez?
- Era una sugerencia.
- Quieta.
- La gente murmura.
- ¿Qué quieres decir?
- Eso, que murmuran.
- ¿Y qué es lo que las murmuraciones dicen?
- Nada.
- No estés jugando conmigo.
- No. Estamos jugando juntos.
- Dime qué dice la gente.
- Bueno, la gente es una idea muy ancha.
- Abstracta.
- Eso, abstracta.
- Quieres decir, cierta gente murmura.
- Sí, podría ser. Cierta gente murmura.
- ¿Y bien?
- Otros escuchan.
- ¿Hasta dónde piensas llevar esta idiotez de los rumores?
- Murmullos, ha dicho murmullos.
- Murmuraciones.
- Murmullos se escucha mejor.
- No, no es lo mismo.
- Pero se parece mucho.
- Basta. No me siento con energías para esto.

- Bueno, le cuento.
- Sí, mejor.
- Un par de hombres me seguía. La calle, la tarde. Yo caminaba, para no aburrirme. ¿Me está escuchando- ¿Qué hace?
- Nada.
- Esa tos.
- No es nada. Continúa.
- ¿De verdad?
- Sí.
- Me llamaban. Se me acercaron.
- ¿Por qué te seguían?
- No sé.
- ¿Tú hiciste algo para que te siguieran?
- Nada. Sólo caminar.
- Caminabas.
- Sí, en la tarde, para no aburrirme. Y me susurraron cosas.
- ¿Qué cosas?
- Cosas.
- ¿Y qué hiciste?
- Nada. Escuchar. Eran cosas de hombres.
- ¿Qué sabes tú de las cosas de los hombres?
- No mucho, pero imagino que eran cosas de hombres.
- ¿Cuáles eran esas cosas de hombres que te decían?
- ¿No se lo imagina?
- No.
- Si usted me viera en la calle, ¿qué cosas me diría?
- Ninguna.
- ¿Ninguna, ninguna?
- Si te encontrara en esta actitud, pensaría que eres una imbécil, pero no te lo diría. No te diría nada.
- Hablaron de mis piernas.

- ¿De tus piernas? ¿Y qué pudieron decir de tus piernas?
- Que eran lindas.
- Vaya una revelación.
- Hablaron de mi pecho.
- ¿Dijeron que tenía manchas, que estaba lleno de ponzoña, que tenían que chupártelos como tu primo o tu tío José?
- Juan. No, no precisamente. También dijeron algo de mis nalgas.
- ¿Y eso es lo que la gente rumora?
- No. Eso es lo que los hombres rumoran. Yo quería saber su opinión.
- No tengo ninguna. Me es indiferente si te dicen algo o se callan cuando te lanzan lúbricas miradas y te acompañan con sus lenguas. Tú te lo buscas.
- Ya no llueve tanto. Es natural salir a la calle. No hace frío.
- No. Lo he notado.
- Sale el sol.
- Tampoco es una novedad.
- En las noches también hace calor.
- Eso parece. ¿No puedes dormir? Es más difícil respirar.
- Tengo menos ropa.
- Es menos interesante.
- ¿Eso piensa?
- Absolutamente.
- Oiga... Me lastima. Suélteme.
- ¿Qué es lo que te ha pasado?
- Nada.
- Has cambiado.
- Usted también. Parece todo el tiempo enojado.
- No. Cada vez más cansado.
- ¿Se siente mal?
- Sólo dije más cansado.
- No ha dormido bien.
- No me refiero a eso.

- ¿Entonces qué le pasa?
- ¿No es obvio?
- No. No lo es.
- ¿Ya me has mirado bien?
- No. Sin luz...
- Basta.
- Sí. Lo he mirado. Lo he mirado y lo adivino.
- ¿Entonces-
- ¿Y entonces?
- ¿No te dice nada?
- Francamente no.
- ¿No escuchas mi voz?
- Sí.
- ¿Y qué te dice?
- Depende.
- ¿A qué te suena?
- Ah. Pues...
- Estoy acabado. Acabado.
- ¿Acabado?
- Cansado.
- No.
- Viejo.
- No. No lo es tanto.
- ¿No?
- No.
- ¿Cómo lo llamarías?
- ¿A qué?
- A mi estado.
- No lo sé. Usted es el profesor.
- ¿Qué dijiste-
- Que usted es el que me enseña.

- No. No dijiste que yo soy el que te enseña.
- Dije...
- No vuelvas a repetirlo. No se te ocurra decirlo por ahí.
- Es la primera vez.
- Lárgate.
- No me hable de esa manera.
- Lárgate. Vete. Estoy harto.
- No es mi culpa.
- No es tu culpa, pero quiero estar solo. Estoy cansado.
- Antes...
- Antes. Antes. Antes. Ahora es diferente.
- ¿Por qué es diferente?
- Has salido.
- Es natural.
- No, no es natural. No has entendido nada.
- ¿Qué es lo que debo entender?
- ¿No te importa lo que has hecho?
- ¿Pero qué es lo que he hecho?
- Mírame.
- ¿Qué tengo qué ver?
- Enciende la luz si quieres.
- ¿Para qué-
- Lo entenderías mejor.
- Pero, entender qué.
- Si vieras mis ojos, si te dijeran algo.
- Dígamelo usted.
- Enciende la luz.
- No hace falta.
- Enciende la luz.
- Están dormidos. ¿Quiere que se despierten?
- No.

- Así estamos bien.
- Te lo suplico.
- Baje la voz.
- Te lo suplico.
- Ay, pero qué. ¿Qué me suplica? No lo entiendo.
- ¿Tiene que ser tan obvio, tan burdo, tan grosero?
- No sé de qué me habla. Siempre haciéndome bolas, siempre con sus palabras extrañas. ¿Por qué no me dice simplemente lo que quiere y nos ahorramos tanta faramalla?
- ¿Esto es importante para ti?
- Discutirlo no.
- Sabes de lo que estoy hablando.
- Sí, es importante.
- Importante. ¿De qué manera?
- ¿Y para usted- Eso es lo que yo vine a preguntarle.
- No es verdad. Viniste a hablarme de los hombres. De que los has buscado.
- Yo no he buscado a nadie.
- Te has exhibido para ellos, como una perra. Ostentando tu fuerza, tu condición de cazadora, para luego venir aquí a escupirme tus triunfos a la cara.
- ¿Y si fuera mentira? Está loco.
- ¿Y apenas te das cuenta?
- Me quiero ir.
- Sí, claro. Vete.
- ¿No me detienes?
- No.
- ¿No me necesitas?
- No.
- Me lastimas.
- Ni siquiera te he tocado.
- Ese es el sencillo problema.
- Es vulgar.

- Quieres que te cuente una historia.
- No.
- La última.
- Has olvidado la copa.
- Mañana habrá copa.
- No habrá mañana.
- La historia...
- ¿Escuchas- Vuelve la lluvia. Nada tiene sentido. Las cosas importantes sólo lo son porque así nos lo parecen. Pueden no ser, no suceder y nada cambia. El tiempo sólo nos gasta. Nos acaba.
- Esto pasará.
- No. Y no insistas... Nada. Sal de aquí.
- Mañana que vuelva.
- No habrá mañana.
- Aquí estarás.
- Haré todo lo posible para que no sea así.
- Me asustas.
- No, ni loco. A estas alturas. Además, insisto. Nada es tan importante.
- La historia.
- No me interesa.
- Es breve.
- No tengo fuerzas para más.
- No has tosido.
- Eso no quiere decir nada. No tengo fuerzas para más.
- La mujer se sentía sola.
- No te muevas.
- Salió de su cueva.
- ¿Era mujer o era zorra? ¿Por qué vivía en una cueva?
- Salió la mujer y la apresaron. La cazaron.
- ¿Quiénes?
- La tocaron.

- ¿Quiénes?
- Se vaciaron en ella.
- ¿Quiénes?
- Pero ella veía, entre las sombras el rostro de otro hombre.
- ¿Cuáles eran los rumores de los que venías a hablarme?
- Lo están buscando. Tenga cuidado. Lo están buscando.
- Yo ya no soy yo.

- No tengas miedo.
- No.
- No voy a tocarte.
- No, por favor.
- Pero acércate más.
- Tengo miedo.
- Pero no. No te haré daño.
- ¿Ha leído los diarios?
- No, ¿Qué dicen los diarios?
- Otra mujer fue muerta y...
- ¿Muerta-
- Desaparecida.
- ¿Por qué dices que muerta? Qué bien hueles. A pan y a verano.
- Porque nadie sabe de ella.
- Eso no quiere decir nada.
- No, pero está muerta.
- ¿Han encontrado su cuerpo?
- No, porque se tiró al río.
- ¿Hay un río por aquí cerca?
- Cerca no, pero hay un río. Se tiró en él.
- No podemos saberlo, no digas cosas. No contribuyas al escándalo general. Puede estar dormida, de fiesta, paseando. Tal vez escondida con un novio.

- Veía a un hombre.
- ¿Lo ves?
- No era un novio.
- ¿No era su novio y lo veía? Sería su amigo.
- No, tampoco. Era un hombre.
- Un hombre. ¿Un hombre de qué tipo?
- Profesor. Profesor de matemáticas.
- ¿Tú cómo lo sabes?
- Hablaba cosas muy raras. Me lo dijo.
- ¿Quién?
- Ella.
- ¿Ella te lo dijo? ¿La conoces?
- Sí. ¿Dónde pongo su copa?
- Déjala por ahí. Hablaba cosas muy raras...
- Estaba enfermo.
- No te muevas. Detente. Maravilloso. Quiero mirarte. Tus piernas son gruesas, son fuertes, son largas. ¿Cómo sabes que estaba enfermo?
- Tosía.
- Estaría resfriado.
- Puede ser, pero tenía algo más.
- ¿Algo más? ¿Qué cosa?
- Hacían cosas extrañas.
- ¿La golpeó?
- No, creo que no.
- ¿La forzó a hacer algo?
- No.
- ¿Qué te contaba tu amiga?
- No mucho. No era mi amiga.
- ¿Y por qué tienes miedo?
- Sus manos.
- ¿Las de ella?

- No, las de usted.
- ¿Qué tienen mis manos?
- Son... elegantes.
- Gracias.
- Son...
- ¿Cómo son? ¿Qué tienen?
- Nada. Una visión. Es tarde.
- Tienes que irte.
- Sí.
- Podrías venir mañana.
- No lo sé.
- Yo estaré aquí.
- Muy bien.
- Podrías traerme la copa.
- Tal vez.
- Estás temblando.
- Tengo frío.
- Más bien hace calor.
- Pero tengo frío.
- Me gustaría que charláramos.
- Buenas noches.
- Buenos días. Pasada la media noche...
- Entonces buenos días.
- Eres muy hermosa, cálida, frutal. Detente ahí un momento. Sólo un momento.
- Me tengo que ir.
- Te irás en seguida. Sólo quiero... mirarte. No te vuelvas.
- Tengo miedo.
- No, no te vuelvas.

- No insistas.
- Le conviene.
- Yo sé lo que me conviene.
- Esto le conviene más.
- Ya no quiero averiguar si tienes razón.
- Abra.
- He dicho que no.
- Traigo su copa.
- Una copa que yo no pedí.
- Le caerá bien.
- Al contrario. Me siento peor que nunca. Me duele la cabeza, no puedo respirar y tengo ganas de morder. Mejor no vuelvas. Y deja de hacer ruido. Vas a despertar a los patrones.
- No me importa.
- A mí sí me importa. Necesito dormir.
- Ábrame entonces.
- Eso no soluciona nada.
- Hablamos y se arregla todo.
- No hay mucho qué decir. Tú estás contenta con tus logros. Yo perdí en el juego.
- Eso no es cierto.
- Sí. El arrastrado en todo fui yo. Fui yo. Fui yo. Y me queda poco tiempo.
- No es cierto.
- No quiero continuar así. Me sofoca, me agota. ¿Escuchaste? Esta tarde casi escupía los pulmones.
- Se va a curar.
- No.
- Tenga fe.
- La fe de los cerdos no remedia nada.
- Tenga confianza en mí.
- Tenías razón. Tú tienes mejores herramientas. Tú eres mucho más apta. Todavía no falla tu maquinaria. Tu carne está intacta, es un decir. No lo sé.

Recuerdo el cuento, de la mujer que era zorra, que fue cazada. Algo querías decirme, ¿no? Yo tenía una desventaja. Yo ya estaba gastado. Terminé siendo el arrastrado, el débil, el roto, el rasgado, el expuesto, el atravesado. Tus garras son sutiles. No menos efectivas.

- Yo no hice nada.
- Precisamente. Yo caí solo, en el fango, en tu fango.
- Yo no sabía nada. Usted me enseñó todas estas cosas.
- ¿Qué te enseñé yo? ¿Puedes decírmelo?
- No. No sé.
- No quieras no ser responsable. Jugaste y jugaste bien. Ya lo sabía.
- Me enseñó a disfrutarlo.
- ¿A disfrutar qué?
- Esto.
- ¿Qué es esto?
- No sé.
- Verborrea. Cállate ya y duerme. Vete de aquí. Llueve de nuevo.
- Duele.
- ¿Qué duele?
- Pero me gusta.
- No entiendo.
- Me gusta que le duela.
- No sabes lo que dices.
- Ese era el juego.
- No. No entiendes nada.
- ¿Y entonces qué quería?
- Yo no quería nada. Yo no quiero nada. Yo no te conozco. No sé cómo te llamas ni lo que haces aquí. Hazme el favor de irte o voy a llamar para que te saquen.
- ¿Por qué me hace esto?
- Yo no te hago nada.
- Entonces tengo que advertirle. Hablé.
- No podía esperar menos de ti. Estaba previsto.

- Le dije a alguien.
- No sé de qué hablas.
- ¿Lo niega-
- No puedo negar algo que desconozco.
- Necesito hablarle.
- ¿Para qué?
- Lo necesito.
- Puedes hablar con quien sea. Con tus amigos, con tu patrón, con el perro de la esquina. Déjame en paz a mí.
- No, no me entiende. ¿Por qué no quiere entenderme?
- ¿Por qué grita? Es muy noche. ¿A quién busca?
- Lo necesito.
- Y yo necesito dormir.
- Me largo.
- Haces bien. Vete con cuidado.
- ¿Le importo? ¿Le importo? Conteste, ¿le importo?
- Baja la voz, por favor.
- Conteste.
- ...
- Por favor...
- ...
- Aténgase.
- ¿Me amenazas?
- Maldito.
- Me amenazas.
- Usted será culpable.
- ¿Señorita, qué le pasa?
- Maldito...
- ¿Qué pasa? No entiendo. Estaba golpeando aquí en la puerta. Y luego salió corriendo. Hay que avisar a alguien, porque yo la escuchaba muy mal. Me daba miedo abrirle. Me daba miedo...

Edgar Chías. Correo electrónico: edgarchias@lapalabra.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Mayo 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar